MEMORIAS DE FAMILIA

Carmen

Una vida entre olivos, telas y nietos

Carmen Ruiz Medina

Carmen. Una vida entre olivos, telas y nietos · Libro de muestra

Esta historia es ficticia. Carmen Ruiz Medina y su familia son personajes inventados para enseñar cómo queda un libro de Memorias de familia. Cualquier parecido con personas reales es casualidad. En un encargo real, cada palabra sale de las grabaciones de la familia y las fotos son las suyas.

Memorias de familia · laverdad.site/memorias · Escrito y maquetado con ayuda de inteligencia artificial y revisado por una persona.

© 2026 laverdad.site. Edición de muestra, no venal.

Índice

1. Para mis nietos 5
2. El cortijo de la Loma 7
3. Antonio, el de las fiestas 11
4. El tren a Barcelona 15
5. La mercería Carmen 17
6. Lo que he aprendido 21
La familia 25

CAPÍTULO 1

Para mis nietos

Libro de muestra

Carmen no existe: es un personaje inventado para que veáis cómo queda un libro de Memorias de familia. En vuestro libro, cada palabra saldrá de las grabaciones de vuestra familia, con su forma de hablar, y en estos huecos irán vuestras fotos.

Me ha dicho mi nieta Lucía que grabe lo que me acuerde, que luego me lo ponen bonito en un libro. Yo le he dicho que para qué, que mi vida no ha tenido nada de particular. Y ella me ha contestado: «Abuela, eso lo decides tú cuando termines». Así que aquí estoy, con el teléfono encima del hule de la cocina y un café con leche, hablando sola como las locas.

Os voy a contar las cosas como me vienen. Algunas fechas a lo mejor no están bien, porque la memoria es muy suya y se acuerda de lo que le da la gana. Me acuerdo perfectamente del olor de la almazara en diciembre y no me acuerdo de lo que cené el martes. Así es la cabeza.

Lo que sí os digo es que todo lo que cuento es verdad, o por lo menos es como yo lo viví. Si vuestro abuelo Antonio estuviera aquí, me corregiría la mitad. Siempre decía que yo exageraba. Yo no exagero, yo cuento con gracia, que es distinto.

Este libro es para vosotros: para Lucía, para Pablo, para Martina y para el que venga, que ya me ha dicho vuestra tía que está en camino. Para que sepáis de dónde venís. Y para que cuando os

toque pasarlo mal, que os tocará, porque la vida es así, os acordéis de que vuestra abuela también lo pasó, y aquí estoy, con setenta y tantos años, haciéndole fotos a las macetas y riéndome de todo.



Carmen en la cocina de su casa de Sant Andreu, con el café de cada tarde (2024)

CAPÍTULO 2

El cortijo de la Loma

Yo nací en el cortijo de la Loma, a una hora andando de Villacarrillo, en la provincia de Jaén, en marzo de 1941. Mi madre decía que nací un día de tanto viento que se voló la sábana tendida del corral y que por eso yo salí tan inquieta. Mi padre, que era hombre de pocas palabras, decía que nací un martes y ya está.

El cortijo no era nuestro. Era de don Rafael, el señorito, que vivía en el pueblo y subía a caballo dos veces al año. Nosotros éramos los caseros: mi padre cuidaba los olivos y las bestias y mi madre hacía de todo, que es lo que hacían las mujeres entonces. De todo, y sin que nadie le diera las gracias.

La casa

La casa tenía una cocina grande con la chimenea, que era donde se hacía la vida, y dos alcobas. En una dormían mis padres y en la otra los cuatro hermanos, dos en cada cama, pies con cabeza. Yo dormía con mi hermana Rosario, que me daba patadas toda la noche y luego decía que era yo.

En invierno nos lavábamos con agua que se calentaba en la lumbre, en un barreño de zinc, el sábado por la noche. Primero los chicos y luego las chicas, con la misma agua. No me hagáis esa cara, que era lo que había.



La casa del cortijo de la Loma, con la parra en la puerta (hacia 1955)

La aceituna

Lo que más me acuerdo de chica es la recogida de la aceituna. Empezaba en diciembre y no se paraba hasta febrero. Venían cuadrillas de otros pueblos y la casa se llenaba de gente. Los hombres vareaban y las mujeres y los niños recogíamos del suelo, de rodillas, con los dedos helados. A mí me dejaron ir a recoger con siete años y me sentía la mujer más importante del mundo.

A mediodía se comía en el tajo, al lado de una candela: migas, un trozo de tocino, una naranja si había suerte. Por la noche se cantaba. Mi madre tenía una voz preciosa y cantaba una copla de una muchacha que esperaba a un marinero. Nunca he vuelto a oírla cantada por nadie y ya no me acuerdo de la letra entera. Eso es lo que me da más pena de hacerme vieja: las canciones que se te van.

La escuela

A la escuela fui poco. Había que bajar al pueblo y en invierno el camino se ponía imposible. Aprendí a leer con doña Pilar, una maestra de Úbeda que tenía una paciencia de santa y unas gafas redondas que se le escurrían. Me enseñó a escribir con buena letra, eso sí. Todavía me lo dicen en el banco: «Qué letra tan bonita tiene usted, Carmen». Se lo debo a doña Pilar y a muchos palmetazos.

A los doce años ya no fui más. En mi casa hacía falta otro par de manos y yo era la mayor de las chicas.

CAPÍTULO 3

Antonio, el de las fiestas

A vuestro abuelo lo conocí en las fiestas de septiembre de 1959. Yo tenía dieciocho años y un vestido azul que me había hecho yo misma con una tela que mi madre guardaba para algo importante. Le pregunté qué era lo importante y me dijo: «Tú, hija, tú eres lo importante». Todavía me emociono.

Antonio era del pueblo de al lado. Había venido con unos amigos a ver los toros y se quedó al baile. Era alto, flaco, con el pelo negro peinado para atrás con brillantina, y tenía una forma de reírse que se le oía desde la otra punta de la plaza. Me sacó a bailar un pasodoble y me pisó tres veces. A la tercera le dije: «Oye, ¿tú sabes bailar o qué?». Y él me contestó: «No, pero quería hablar contigo y no se me ocurría otra cosa».

Ahí me ganó.



Carmen y Antonio el día de su boda, a la salida de la iglesia (mayo de 1962)

El noviazgo

Fuimos novios casi tres años, como se hacía entonces, con mi hermano Paco de carabina cada vez que paseábamos. Antonio venía los domingos en bicicleta, catorce kilómetros de ida y catorce de vuelta, lloviera o hiciera un calor de muerte. Mi madre le ponía un plato de lo que hubiera y él se lo comía todo y repetía. A mi madre la tenía conquistada antes que a mí.

Nos escribíamos cartas entre semana. Las suyas tenían faltas de ortografía para dar y regalar, pero eran las cartas más bonitas que yo he leído en mi vida. Las tengo todas en una caja de galletas, atadas con un lazo. Cuando yo falte, quiero que las lea alguien. Están ahí para eso.

La boda

Nos casamos en mayo de 1962 en la iglesia de Villacarrillo. Yo llevé el vestido de novia de mi prima Encarna, arreglado por mí, y Antonio un traje prestado que le quedaba corto de mangas. El banquete fue en el cortijo: cordero, arroz con pollo y unos dulces

que hicieron las mujeres de la familia durante tres días. Bailamos hasta las tantas. Antonio seguía sin saber bailar, pero ya no me importaba.

Esa noche me dijo una cosa que no os voy a contar, porque es mía. Pero os diré que la cumplió durante cincuenta y un años.

CAPÍTULO 4

El tren a Barcelona

En el campo no había futuro. Eso lo decía todo el mundo, y era verdad. Antonio tenía un primo, Julián, que se había ido a Barcelona en el 58 y escribía contando que allí había trabajo en las fábricas para quien quisiera. En octubre de 1963 Antonio se fue primero, con una maleta de cartón y una tortilla envuelta en papel de periódico. Yo me quedé en el cortijo, embarazada de vuestra tía Isabel, contando los días.

Me mandó a buscar en la primavera del 64. Me acuerdo del tren como si fuera ayer: el Sevillano, lo llamaban. Diecinueve horas sentada en un banco de madera, con la niña en brazos, una cesta con comida y el corazón en un puño. En el vagón íbamos todos igual: andaluces, extremeños, murcianos, con los mismos bultos y la misma cara de no saber qué nos íbamos a encontrar.

Las barracas y el piso

Los primeros meses vivimos en una habitación realquilada en casa de una familia de Sant Andreu: una cama, una silla y una cocina compartida con otras tres familias. Yo no entendía el catalán y me daba vergüenza hablar en la tienda. La señora de la casa, la senyora Montserrat, me enseñó a decir «bon dia» y «gràcies» y a hacer la escudella por Navidad. Fue más madre para mí aquellos años que nadie.

En el 67 nos dieron un piso en un bloque nuevo, cuarto sin ascensor, con dos habitaciones y una galería donde daba el sol por la tarde. Cuando entré y abrí el grifo y salió agua caliente me puse

a llorar. Antonio se reía y me decía: «Mujer, que es un grifo». Pero para mí no era un grifo. Era todo lo que había dejado atrás y todo lo que íbamos a tener.



El bloque de la calle Gran de Sant Andreu donde vivieron desde 1967

La fábrica

Antonio entró en una fábrica de tornillos y yo me puse a coser en casa para una fábrica de camisas. Me traían las piezas cortadas en un fardo y yo cosía cuellos y puños con una Singer de segunda mano que compramos a plazos. Cobraba por pieza. Había semanas que cosía hasta las dos de la mañana, con la niña dormida en la otra habitación y la radio bajita para no despertarla.

Ahí aprendí que coser bien era un oficio, y que un oficio no te lo quita nadie.

CAPÍTULO 5

La mercería Carmen

En 1975, con lo que habíamos ahorrado peseta a peseta y un préstamo que nos firmó el director de la Caixa porque le caía bien Antonio, cogimos el traspaso de una mercería pequeñita en la calle de abajo. La dueña, la señora Rosa, se jubilaba y no tenía hijos. Nos dejó los cajones, las bobinas, un mostrador de madera que ya entonces era antiguo y una clientela de señoras que al principio me miraban con desconfianza porque yo era «la andaluza».

Le pusimos «Mercería Carmen». Antonio quiso así y yo no le discutí, aunque me daba un poco de vergüenza ver mi nombre en letras grandes.

Detrás del mostrador

Treinta y un años estuve detrás de ese mostrador. Vendía botones, cremalleras, hilo de todos los colores, medias, ropa interior, lana para las que hacían punto. Y arreglos: bajos de pantalón, cremalleras, vestidos de comunión que había que meter de aquí y sacar de allá. Media Sant Andreu ha llevado alguna vez algo cosido por mí.

Pero lo que de verdad vendía, os lo digo yo, era conversación. Las señoras venían a por un botón y se quedaban media hora contándome sus cosas. Yo sabía quién se casaba, quién estaba mala, quién tenía un hijo en la mili y quién no se hablaba con la cuñada. Nunca conté nada de lo que me contaron. Por eso volvían.



El escaparate de la Mercería Carmen en Navidad (hacia 1985)

Los hijos en la trastienda

Mis tres hijos se criaron entre bobinas. Isabel hacía los deberes en la mesa de la trastienda, José Antonio jugaba a los coches con los carretes vacíos y Manoli, la pequeña, se dormía la siesta en un cesto de lana. Cuando eran mayores me ayudaban a ordenar los botones por colores, que era el castigo favorito de su padre.

Isabel es maestra, José Antonio es ingeniero y Manoli tiene una tienda de ropa en el centro, que dice que lo lleva en la sangre. Yo no tuve estudios, pero los tres los tienen. Esa es la mejor cuenta que he hecho en mi vida, y mira que he hecho cuentas.

El cierre

Cerramos en 2006. Ya no había mercerías: la gente compraba la ropa hecha y la tiraba en vez de arreglarla. El último día vinieron muchas clientas de toda la vida a despedirse. La señora Pepita me trajo un ramo de flores y la Montse de la panadería, una coca. Bajamos la persiana entre Antonio y yo, y él me cogió la mano y me dijo: «Lo hemos hecho bien, Carmencita». Fue la única vez en

cincuenta años que le vi los ojos mojados.

CAPÍTULO 6

Lo que he aprendido

Vuestro abuelo se fue en el invierno de 2013, de repente, una mañana que había salido a comprar el pan. No os voy a contar mucho de aquello, porque todavía me cuesta. Solo os digo que el día que se va la persona con la que has compartido la vida, no se va solo ella: se va también la mitad de tus recuerdos, porque ya no hay nadie que se acuerde contigo. Por eso estoy grabando esto. Para que mis recuerdos no se queden sin nadie.

Me pidió Lucía que terminara con algún consejo. Yo no soy de dar consejos, pero ahí van unos cuantos, y haced con ellos lo que queráis.

Unos cuantos consejos

- **Aprended un oficio, aunque estudiéis otra cosa.** Saber hacer algo con las manos te da de comer cuando todo lo demás falla. Y te da paz.
- **No dejéis las cartas para mañana.** Escribid a quien queráis, aunque sea un mensaje de esos del teléfono. Las palabras que no se dicen pesan más que las que se dicen mal.
- **Ahorrad un poco, siempre.** Aunque sea poco. Nosotros abrimos la mercería con monedas guardadas en una lata de membrillo.
- **Buscad a alguien que os haga reír.** La belleza se arruga y el dinero se gasta. La risa aguanta.
- **Cuando lleguéis a un sitio nuevo, aprended a decir buenos días en su idioma.** Os abrirá más puertas que cualquier título.

- **Y llamad a vuestra madre.** Os lo dice una madre.

La receta que no se debe perder

Lucía me ha pedido también que deje escrita la receta de las magdalenas del domingo, la de mi madre, que es la que hago yo. Ahí va, como la hago yo, sin pesar casi nada:

1. Cuatro huevos, un vaso de azúcar, un vaso de aceite de oliva (del bueno, del de Jaén), la ralladura de un limón y un vaso de leche.
2. Batid los huevos con el azúcar hasta que blanqueen. Esto es lo importante y nadie tiene paciencia.
3. Añadid el aceite poco a poco, la leche y la ralladura.
4. Dos vasos y medio de harina con un sobre de levadura, tamizados, y mezclad con cariño, sin batir más.
5. A los moldes, un pellizco de azúcar por encima de cada una y al horno fuerte, unos quince minutos.

Si os salen planas, es que no habéis batido bastante. No me echéis la culpa a mí.



Las magdalenas del domingo, en la bandeja que fue de su madre

Ya está. Esto es lo que me acuerdo, más o menos. Seguro que mañana me viene algo que se me ha olvidado y tendré que llamar a Lucía para que lo añada. Si este libro os sirve para algo, que sea para esto: para que sepáis que la vida es dura y es bonita a la vez, y que vale la pena.

Os quiere,

La abuela Carmen

PARA RECORDAR

La familia

Los padres de Carmen

- **Francisco Ruiz Torres** (1909-1979), casero del cortijo de la Loma.
- **Isabel Medina Carrasco** (1912-1994), la de la voz bonita.

Los hermanos

- **Carmen** (1941), la que cuenta esta historia.
- **Rosario** (1943), la de las patadas, que vive en Úbeda.
- **Paco** (1945), el carabina, que se quedó con los olivos.
- **Juan** (1949), que se fue a Alemania y volvió.

Carmen y Antonio

- **Antonio López Fernández** (1937-2013), que nunca aprendió a bailar.
- Casados en Villacarrillo el 12 de mayo de 1962.

Los hijos

- **Isabel** (1963), maestra. Hijos: **Lucía** (1995) y **Pablo** (1998).
- **José Antonio** (1966), ingeniero. Hija: **Martina** (2003).
- **Manoli** (1971), la de la tienda de ropa. Y el que viene en camino.